

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



GEDEÓN

Ex-Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre...	1,50 pesetas.
Año...	6 —
Provincias y Portugal, se- -mestre...	4 —
Extranjero y Ultramar, año	16 —
Número atrasado...	0,25 —
25 ejemplares...	1,50 —



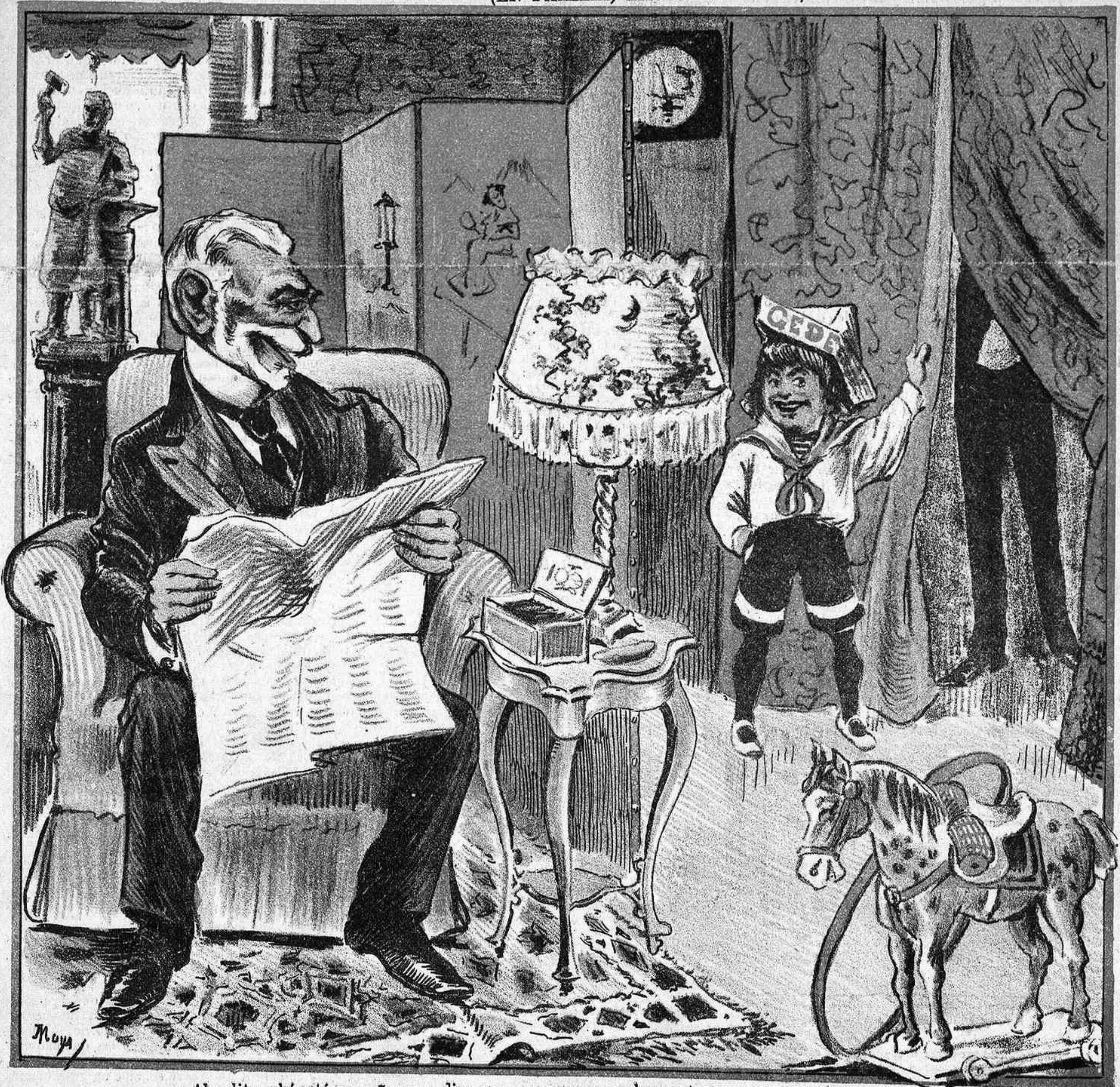
AÑO IV

Madrid 13 de Octubre de 1898

NÚM. 153

LA FAMA DE DON PRAXEDES

(EN FAMILIA, EXCLUSIVAMENTE)



—Abuelito, ahí está un señor que dice que eres un gran gobernante y un gran estadista.
 —¿Eso ha dicho? ¡Que pase enseguida! (Gracias á Dios que hay un español que me hace justicia.)
 —Papá, papá, dice el abuelito que pases.

Carta de Medrano (1)

Parte lleno de asombro.—Olvido del asunto Dreyfus.—Una frase de un periódico.—Otra frase de Catulle Mendès.—Triunfo artístico.—Triunfo heráldico.—Triunfo de sastrería.—Otros tres géneros de triunfo.—Mad. Sarah Bernhardt enflaqueciendo por rivalidades con Allens Perkins.—El ojal de Medrano y otras muchas cosas que verá o no el lector según vaya leyendo.

Paris 9 de Octubre.

Amigo Gedeón: ¡Recuerda usted aquella noche histórica en que al presentarme yo vestido de húsar imperial en el escenario del teatro de la Princesa (estreno de *La corte de Napoleón*) los espectadores y las espectadoras deslumbrados prorrumpieron en un ¡ah! de cinco minutos que interrumpió otros cinco la representación? Pues ese mismo efecto hemos causado en París. ¡Asombro, deslumbramiento, pasmo, como usted quiera calificarlo; pero algo muy grande, tan grande que hasta hoy solo lo había producido sobre la escena mi uniforme de húsar imperial.

Con decirle a usted, Gedeón amigo, que ya en París nadie se ocupa de la revisión del proceso de Dreyfus... Lo mismo que lo oye usted. Desde que llegamos nosotros, los revisionistas y los antirevisionistas, han cesado por completo en su porfía, segurísimos de que nadie había de hacerles caso. Así se lo aconsejaba, por cierto, uno de los periódicos parisienses más leídos y de los que con apasionamiento mayor seguían la campaña de Dreyfus. «Cesemos todos—decía en un francés tan claro que hasta lo entendía yo—cesemos todos en nuestra ruda porfía, en nuestro sañudo batallar. La compañía del Español ha llegado a París y va a debutar en la *Renaissance*. Callen los partidarios de la revisión, callemos los que la combatíamos denodadamente. Ya anuncian los carteles el gran acontecimiento. ¡Callemos todos ante la *Niña bobal!*»

Y callaron como me callo yo cuando no sé el papel, es decir, como me callo yo siempre que salgo a escena a tropezar. (Bien sabe usted que por culpa de mi mala vista soy en el escenario, salvo el traje, una especie de Bustillo.) Y de tal modo han callado los parisienses respecto al asunto Dreyfus, que habiéndole preguntado ayer María a Catulle Mendès: «¿Usted, amigo Catulo, es revisionista o lo otro?» Mendès, inclinándose, respondió: «Señora condesa, yo solo soy un admirador de usted y del viejo castellano, su señor padre guarda-muebles de la Casa Real (quería decir, sin duda, mueblista proveedor de la Real Casa).

Y ahí verá usted, Gedeón (y feliz usted que puede ver algo), yo venía a París envidiando a Dreyfus. Si me hubiesen permitido ir a la isla del Diablo con un *bouquet* en un ojal y el monócle en el otro, no hubiera tenido inconveniente alguno en reemplazar a Dreyfus, porque si es cierto que éste debe de aburrirse un poco allí, en cambio se ha hablado tanto de él y luego pueden pensarse tantos trajes en la soledad!... Verá usted, yo iría a la isla del Diablo con la siguiente *costume*, que llamaremos *costume deportado*: «Casquete esférico de raso blanco, con aplicaciones de encaje negro para la cabeza. Cuello almidonado de veinticinco centímetros, forma... collar de perro...» ¿Mas, para qué he de seguir describiendo la *toilette*, si ya no le envidio a Dreyfus? En París se habla mucho más de mí que de él y eso que no he debutado aún. Debutaré, probablemente, con una obra de chaquet en el primer acto, frac en el segundo y en el tercero levita de vestir, y estos críticos franceses que tanto han admirado el tontillo de María Guerrero en el teatro antiguo, se van a quedar bizcos cuando me vean en el moderno a mí.

Porque, no crea usted, querido Gedeón, que nos contentamos con soltarles a los franceses los huesos de Lope, de Tirso y de Moreto: entre col y col lechuga ó entre *Casa con dos puertas*, Echegaray en la corriente de aire. Hacemos obras clásicas ó de sastrería antigua y obras modernas, ó de sastrería contemporánea. Un día sale Fernando de grande de España antiguo, repartiendo cintarazos, y al otro se casa con María en la época actual ¡y a los franceses, con todo esto, se les cae la baba! ¡Oh, suelen exclamar, el *verditable gentil hombre de la vieja roca*, mariarido en burgués *Chef Ramón Guerrero!* Ese paso del género gótico al género corriente les entusiasma, pero yo no imito en eso a Fernando y salgo siempre con *monocle*, lo mismo haciendo de Felipe II en el *Alcalde de Zalamea*, que haciendo en *Mancha que limpia* de Bencina ó Aguarrás. En suma, que vamos triunfando en todos los géneros; el masculino, el femenino y el neutro. Los periodistas me acosan a preguntas.—¿Usa usted cuellos rectos ó de pajarita?—¿Cuántos cuarteles tiene usted?—¿Debe usted mucho al sastre?—¿Sabe usted español?—¿Es cierto que todos los duques de Madrid, menos D. Carlos, son lo mismo que usted? y cien y cien preguntas más, con las cuales me marean y me dislocan.

Perolo que más me carga, amigo Gedeón, es el empeño que han tomado todos los floristas parisienses en preguntarme las dimensiones de mis ojales. Claro

está que lo hacen para confeccionar a su medida los rabos de los *boutonniers*; pero aun dirigida con tan excelente intención esa pregunta, me fastidia. Ciertas cosas deben adivinarse, ¿no le parece a usted? Salvo esas ligeras mortificaciones, es lo cierto que nuestro triunfo nos proporciona placeres sin tasa. María, desde que llegamos a París, no deja de pasar tres ó cuatro veces al día bajo el arco de la Estrella. ¡Al fin—suele exclamar orgullosamente—al fin soy Estrella yo! Y todos los que la seguimos nos vemos ya formando parte de cualquiera constelación, la de las siete Cabrillas ó la de la Osa mayor. ¡Cómo nos vamos a divertir paseando en constelación por el cielo de Europa, luciendo nuestros clásicos y mis *chaquets!*

Mad. Sarah Bernhardt está bastante resentida con María, aunque procura disimular su disgusto, y todo por qué? Pues porque ha venido con nosotros Allens Perkins. La actriz francesa supone que lo hemos traído con propósito de disputarla el cetro de la delgadez. Si la Guerrero, me quita, dice Sarah en su intimidad la primacía de la escena y Allens Perkins la de la flacura, ¿qué me queda? Esto la tiene muy desasosegada e irascible. Dicen que no pudiendo luchar con María en cuanto al arte, luchará con Allens respecto al enflaquecimiento, y que con tal propósito está tomando ya unas píldoras para adelgazar verdaderamente prodigiosas. ¡A actriz me ganarás, pero a flaca no—repite refiriéndose a nuestra directora y Allens Perkins, pesaroso de haber originado tal conflicto está hecho, desde que llegamos a París, un verdadero primo real.

Termino mi carta, querido Gedeón, pues tengo que ponerme a estudiar un papel de americana que me carga mucho. Yo no sé por qué los autores no han de castigar más sus obras. ¡Tres actos de americana, eso no es literatura dramática ni nada! Continuaré enviándole noticia de nuestros triunfos sucesivos, y con esta carta le mando además un *chaquet* inservible rogándole se lo remita al presidente del Consejo de ministros. Para gobernar como él gobierna y para pasear por la Moncloa está todavía muy bueno ese *chaquet*. ¡No es mucho mejor el que lleva D. Eugenio Montero Ríos a las sesiones para el arreglo de la paz! ¡Cómo hemos de levantar cabeza los españoles teniendo unos hombres de Estado que andan tan mal de ropa! En fin, gracias a nosotros los de la compañía del Español aun hay quien nos estime en Europa. Le abraza su genial amigo,

MEDRANO.

Los inmortales de Gedeón

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

LA OPINION

¡Pobre isla de Cuba mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decía
viendo el feréto pasar:
Giberga.—Yo bailo y canto.
Dolz.—¡Si al fin se habían de ir!...
Sagasta.—No es para tanto.
Girón.—¡Yo he de dimitir!
Weyler.—¡Sus! ¡mi victa espada!
Camelo.—¡Mi pluma bella!
Moret.—¡Oh isla desgraciada!
Gedeón.—Sin tí, ¡feliz ella!
—¡A la olla!—dicen los buenos.
—¡Abur!—dicen los demás.
Sivola.—Un cuidado menos.
Colón.—Y un sepulcro más.

ANTINOMIAS DEL GENIO

Sentado indolentemente
tal como un pastor anciano,
con una pluma en la mano
y una luz frente por frente
está Praxedes primero
sumando con mucho afán:
Cruz le sostiene el gabán
Merino el sucio sombrero.
Suma, de intento, muy mal
entre espantado é iracundo,
las muertes que costó al mundo
su vida ministerial,
y cuando la cifra ve
que es terrible y espantosa,
surge a su lado... una cosa,
cacique de un comité.
El triste cacique al ver
sintió el jefe compasión
que aun Sagasta y Capdepon
son dos hijos de mujer:
y habló al cacique con calma,
sonriendo dulcemente:
que aunque lo dude la gente,
don Praxedes tiene un alma
(y *almario*, naturalmente.)
El que carne de cañón
pudo a los hombres llamar
ve un comité peligrar,
con pena en el corazón
y ni cede ni se para,
pues con la intención más terca,
más voluntades acerca,
más pucherazos prepara
y tal vez el buen señor
llorará de sufrir tanto
si pudiera tener llanto
para el ajeno dolor.
¡Ay un comité tan ruín!
¡no había de enternecer

al que acababa de hacer
de toda España el botín?
(¿Qué razón tiene *El Molín!*)
¡Luego cualquier Salmerón
dirá, sin saber por qué,
que en salvar un comité
fundó un sueño de Colón!
Sigue la lucha emprendida
entre ambos y de esta suerte,
mientras da a España la muerte
a los comités da vida.
Y así el empeño s guió
por ambos con frenesí:
aquel cacique en que sí,
don Praxedes en que no.
Se convence y—¡Oh, victoria!—
exclama con alegría,
él, que entonces deshacía
parte a parte nuestra Historia.
¡Victoria! ¡Victoria, pues!
¡Don Praxedes, venga incienso!
¡Perdió nuestro imperio inmenso,
más salvó los comités!
Aquella alma *sin bambolla*
que vertió de sangre un mar
¡qué luchó por no nombrar
jefe en Sevilla a Borbolla!
¡Que en Balaguer con verdad
le cuente a España esta gloria:
y luego España a la Historia
y ésta a la posteridad!
Y tú, ciega multitud,
pobre carne de cañón,
dí con él:—¡Oh Capdepon,
tú eres solo la virtud!

LAS FIESTAS DEL PILAR

Gedeón tenía el propósito de ir estos días a Zaragoza; pero tan cariñosas y apremiantes han sido las invitaciones que le han hecho por un lado los amigos del Sr. Moret y por otro los del Sr. Castellano, que nuestro ilustre amigo, en la imposibilidad de partirse (tal vez fuera esa la intención de los señores Castellano y Moret) ha decidido quedarse en casa y contentarse con leer el programa de festejos.

Es lástima, porque Gedeón se hubiera divertido, no tanto como los niños góticos, ó mejor dicho, platercos, que fueron agregados a la Comisión de París; pero se hubiera divertido al fin y al cabo oyendo cantar la jota (única letra que no ha mandado girar el general Blanco) y viendo correr las aguas del Ebro, remedio eficazísimo y probado contra la melancolía.

No está el ánimo para diversiones; pero nada se pierde con probar, y en eso hacen muy bien los zaragozanos, porque entregarnos a la tristeza sería echarnos a morir, sería proseguir entregados a Puigcerver, a Romero Girón y a Sagasta, que son los tres fúnebres puntales de la tristeza misma.

Ocioso es que aguardemos a ver en qué para la conferencia de París.

El silencio de Montero Ríos es más elocuente y expresivo que el mejor discurso.

¿Montero calla? Luego otorga.
¿Los demás no dicen «esta boca es mía»? Luego está probado que ni aun de nuestra boca podemos disponer.

Los zaragozanos saben esto, y por eso se divierten sin preocuparse por un final que es de clavo pasado; por eso también cantan que se las pelan, poniendo en la copla mucho retintín:

*La virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa.*

Y vamos con el programa de festejos. Gedeón lo ha leído con tanto gusto y afición que se sentía trasportado al foco de las fiestas aragonesas, ni más ni menos que Cánovas y Sagasta en este dichoso período histórico creían tomar parte en el concierto europeo solo con leer el programa de tan divertida fiesta nacional.

¡Cuán hermosa y expresiva la comparsa de gigantes y cabezudos! Es todo un programa para el partido político que hace falta.

Quite usted las gafas, mi general, y reflexione un poco. Considere usted reunidos en imponente conjunto los hombres de más talla y los de mayor cabeza de la nación; es decir, los gigantes y cabezudos; ¿no es este el bello ideal para un político, aunque no sea general, y para un general, aunque no lleve gafas negras?

Pues todavía hay más. El pueblo de Zaragoza reúne a los conspicuos gigantes y a los ilustres cabezudos y una vez reunidos ¡los hace bailar!

Me parece que esta es ya la última palabra en punto a educación política.

No hay en Aragón regionalismo mal sano, pero se hace bailar a los cabezudos y a los gigantes, lo cual es más práctico, más divertido y más patriótico.

La procesión del Pilar es hermosísima y sale por las calles de la población.

Hacemos constar este dato para tranquilidad de D. Praxedes. Sepa el ilustre abuelo de su nieto que, al menos en Zaragoza, la procesión no anda por dentro.

El rosario es mucho más notable que la procesión. Lleva más faroles que contiene la Guía oficial, tiene más luces que todos los ministerios juntos y desfilan por él más pendones que los que han desfilado por el presupuesto en lo que va de siglo.

Sin embargo, todavía se concibe un rosario más imponente que el del Pilar.

(1) Publicamos con el mayor gusto esta carta del genial actor Sr. Medrano, quien nos ha remitido al propio tiempo un *chaquet* en regular estado, para que lo goce en su nombre el presidente del Consejo de ministros.

A Sagasta llaman muerte
y á Silvela llaman vida.
Si la censura dejase
¡lo que yo les llamaría!

Dices que me quieres mucho,
¿con qué te lo pagaré?
Hazte tú monja valleca
y yo me hago Puigcerver.

Marinero, sube al muelle
y dí al Auñín de marina
que si se acuerda de un barco...
que le pintó Caula un día.

¡Qué triste que sopla el viento
cuando deshoja los chopos!
¡Qué majaderías dicen
los futuros en *El Globo!*

Por tu calle pasaré,
que es camino pasajero:
como que siempre está llena
de ex-amigos de Romero.

Tras las tapias de mi huerto
y en el último rincón
hay una planta que cría
cabezas de Capdepón.

Los presos cuentan los días,
los presidiarios los años;
yo los minutos que tarda
Sagasta en irse al... al Pardo.

El hombre que siga á Práxedes
debe rezar una vez;
si sigue á Silvela, dos
y si á Polavieja, tres.

De la retama, la rama;
de la rama la corteza;
y la vaina, de la daga
de don Francisco Silvela.

¡Ay, Camelo de mi vida,
que me voy á quedar sola...
con Pepito Canalejas
y Augusto de Figueroa!

Yo soy Grilo que en el ala
llevo todo el alimento,
porque me dan cinco duros
por cada vez que la ahueco.

La vista tengo cansada
de mirar á aquel camino
y de ver á don Camelo
qué guapamente hace el primo.

Te vi marchar en el tren
con don Valeriano Weyler:
que los dos sois *ambulantes*,
pero dudo si *ascendentes*.

Diez años después de muerto
mis huesos pelaos dirán:
—¡Qué mal gobernó Sagasta!
señores ¡pero qué mal!



-Empieza á notarse mucho movimiento en el partido.

TOQUES MILITARES



EL GENERAL DE LA GENERALA

EL TRANVÍA ELÉCTRICO

Mientras *El Liberal* y *El Globo* interrogan á nuestros hombres públicos acerca del problema nacional, GEDEÓN, más modesto en sus aspiraciones y en sus ruegos, se limita á explorar la opinión agena en asunto tan concreto y puramente local como el tranvía eléctrico.

Y allá van las contestaciones logradas:
El progreso es insensato y vertiginoso. Hace un mes que creamos la Guardia municipal montada y ya resulta que los caballos son sustituidos por la electricidad con mucho regocijo. Prometo, pues, al pueblo de Madrid para dentro de breve plazo la «Guardia municipal eléctrica».

ROMANONES.
Mi opinión es favorable á la reforma. Ya que el diablo nos lleve que sea en coche, y de llevarnos en coche, es muchísimo mejor que sea eléctrico.

SAGASTA.
Ante todo, una cuestión previa. El tranvía eléctrico ¿para donde uno quiera? Porque si para á tiempo frente á la Presidencia, entro en el coche, pero si no, ni entro ni salgo.

SILVELA.
¿Qué será ahora de los encuarteros? Con verdadera impaciencia espero la resolución de la Compañía, porque ello puede ser un precedente aprovechable al fijar la suerte de los empleados de Cuba, Puerto Rico y Filipinas y de los empleados en el ministerio de Ultramar.

LÓPEZ PUIGCERVER.
Conste que no andaba yo muy descaminado del todo. El triunfo no ha sido de la autonomía, pero va siendo de los automóviles.

MORET.
Hay que proteger todo lo eléctrico: el tranvía, el teléfono y el servicio telegráfico que tengo la honra de dirigir. España es un cadáver que hay que galvanizar á toda costa.

BARROSO.
La electricidad de los tranvías no ofrece ningún peligro, porque he tenido buen cuidado de evitar su circulación por la cuesta de la Descarga.

AGUILERA.
Nuestra opinión
Lo mismo en la tracción de los carruajes que en la gobernación del Estado, la supresión de las caballerías es un progreso indudable y una ventaja positiva.

GEDEÓN.